

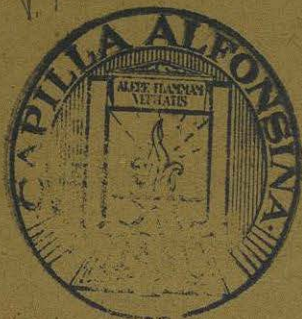
843
9

PQ 2227

.117

56

v. 1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 7625 MONTERREY, MEXICO

LOS
MOHICANOS DE PARÍS.

CAPÍTULO VIII.

LA MAÑANA DE UN MANDADERO.

Al siguiente día, á las siete de la mañana, Salvador llamaba á la puerta de Petrus.

El joven dormía todavía mecido por esos sueños que revolotean alrededor de la cabecera de un joven y de un enamorado. Saltó de la cama, abrió la puerta y recibió á Salvador con los brazos abiertos del todo, pero con los ojos medio cerrados.

— ¿Qué hay de nuevo, Salvador? preguntó Petrus sonriendo: ¿me traéis noticias ó venis á hacerme un nuevo servicio?

— Al contrario, mi querido Petrus, vengo á pedir os un favor, dijo Salvador.

— Hablad, amigo mío, dijo Petrus ofreciéndole la mano; sólo deseo que el favor sea grande. Ya sabéis que ando hace tiempo buscando una ocasión de hacer algo por vos.

— No he dudado nunca de ello, Petrus. Hé aquí de lo que se trata. Tenía un pasaporte y lo he dado hará cosa de

un mes á Domingo, que marchaba á Italia y que temía ser detenido si viajaba bajo su verdadero nombre. Hoy, por causas que después sabréis, Justino se ve obligado á marchar la noche próxima.

— ¿Espero que nada malo le sucederá? preguntó Petrus.

— No, al contrario. Sólo que debe marchar sin que nadie lo sopa, y por esto necesita un pasaporte con distinto nombre que el suyo. Sólo hay dos años de diferencia entre vos y él: las demás señas son casi idénticas; ¿tenéis un pasaporte que dar á Justino?

— Estoy desesperado, mi querido Salvador, respondió Petrus; pero vos sabéis qué causa me detiene en París hace más de seis meses; yo no tengo más que el pasaporte antiguo que traje de Roma, y que ha caducado hace más de un año.

— Diablos, dijo Salvador, hé aquí un lance desgraciado. Justino no puede ir á pedir un pasaporte á la policía, porque esto sería abrirla los ojos. Voy á ir á casa de Juan Robert, aunque éste le lleva la cabeza á Justino.

— Esperad.

— ¡ Ah! ¿ qué?

— ¿ Le importa á Justino un país más que otro?

— Ninguno, con tal que salga de Francia.

— Entonces, tengo lo que necesita.

— ¿ Pues cómo?

— Voy á daros un pasaporte de Ludovico.

— ¡ Un pasaporte de Ludovico! ¿ Y cómo tenéis vos un pasaporte suyo?

— Es muy sencillo; ha hecho un viaje á Holanda, ha llegado antes de ayer, le había prestado un maletín, y dentro de él ha venido el pasaporte.

— Pero, ¿ y si Ludovico, por casualidad, necesitase el pasaporte para volver á Holanda?

— No es probable, y en ese caso, diría que lo he perdido, y sacaría otro.

— Está bien.

Petrus se dirigió á un baúl, y sacó de dentro de él un papel.

— Hé aquí el pasaporte, y buen viaje al amigo Justino.

— Gracias por él.

Los dos amigos se separaron después de haberse estrechado las manos.

Al salir de la calle de San Dionisio, Salvador siguió el paseo del Observatorio, entró en la calle del Infierno por el lado de la Barrera, y cuando llegó cerca del hospicio de los Enfants-Trouvés, buscó un momento con la vista una casa que al fin pareció encontrar.

Era la casa de un maestro de coches

Éste estaba en la puerta.

Salvador le pegó en el hombro.

El maestro de coches se volvió, conoció al joven y le acogió con un saludo á la vez amigable y respetuoso.

— Tengo que hablaros, maestro, dijo Salvador.

— ¿ Á mi?

— Si.

— Á vuestras órdenes, Sr. Salvador. ¿ Queréis entrar?

Salvador hizo con la cabeza un signo afirmativo.

Entraron.

Salvador atravesó la tienda, entró en el patio, y en el fondo de éste, bajo un inmenso cobertizo, fué á buscar una especie de silla de posta, que probablemente sabía que estaba allí, puesto que se dirigió en línea recta hacia ella.

— Mirad, dijo, esto es lo que busco.

— ¡ Ah! buen carruaje, Sr. Salvador; excelente silla y que os la daré muy barata. Es una ganga.

— ¿Y sólida?

— Señor Salvador, os la garantizo, podéis dar la vuelta al mundo con ella y volvérmela; os la tomaré con doscientos francos de pérdida.

Salvador, sin escuchar las alabanzas con que el maestro de coches ensalzaba la silla, cogió el carruaje por la lanza, y con la misma facilidad con que hubiera podido hacer rodar un coche de un niño, lo sacó al patio y se puso á examinarlo con minuciosa atención, como hombre experimentado.

La halló conveniente y á propósito para lo que la destinaba, salvo algunas ligeras imperfecciones que el maestro ofreció estarían reparadas para aquella misma noche.

El buen hombre había dicho verdad; la silla era buena, y sobre todo, sólida y fuerte á toda prueba.

Quedó ajustada en el acto en seiscientas libras, y se vino en que á las seis y media de la noche, la silla, con un par de buenos caballos de posta, estaría en el boulevard á cien pasos de la barrera Croulebarbe y á otros ciento de la de Italia.

En cuanto al pago, no podía ser más sencillo. Salvador, que no quería pagar sino en caso de que sus órdenes hubieran sido fielmente ejecutadas, y que tenía probablemente alguna cosa importante que hacer al siguiente día, citó en su casa para dentro de dos días al maestro de coches, y éste, á quien sin duda le pareció bien, no puso dificultad ninguna en esperar cuarenta y ocho horas.

Salvador dejó al buen hombre, volvió á bajar la calle del Infierno, entró en la de la Bourbe (llamada hoy del Puerto-Real), y llegó al umbral de una puerta baja, situada frente por frente al hospicio de la Maternidad.

Era la casa en que vivía Juan Taureau, el carpintero,

y la señorita Fifina, su querida en todas las acepciones de la palabra.

Salvador no necesitó preguntar al conserje si aquel á quien iba á ver estaba ó no en casa, pues apenas puso los pies en la escalera, oyó algunos mugidos que indicaban que el compadre que había bautizado á Barthelemy Lelong con el nombre de Juan Taureau, le había bautizado verdaderamente según sus méritos.

Los gritos de Mlle. Fifina, formando las notas agudas de esta melopea, indicaban que Juan Taureau no ejecutaba un solo, sino un trozo de un duo.

El eco de las melodías se sucedía en oleadas, y descendiendo la escalera, llegaba hasta Salvador como para guiar sus pasos.

Llegado al cuarto piso, Salvador se halló en plena avalancha. Entró sin llamar, pues la puerta estaba entreabierta á causa de una minuciosa precaución de Mlle. Fifina, que cuidaba siempre de tener libre la retirada para escapar á un pronto del genio del gigante.

CAPÍTULO IX.

LA MAÑANA DE UN MANDADERO (CONTINUACIÓN).

Salvador se detuvo en el umbral, vió á los adversarios uno enfrente de otro; Mlle. Fifina con los cabellos en desorden, pálida como la muerte, enseñando el puño á Juan Taureau que estaba rojo como un pavo mesándose los cabellos.

— ¡ Ah ! ¡ miserable ! aullaba Mlle. Fifina. ¡ Ah ! ¡ imbé-

cil! bruto... ¿conque creías que era tuya la chiquitina?

— ¡Fifina! vociferaba Juan Taureau: me vas á obligar á que te ahogue, te lo prevengo.

— Pues bien, no es tuya, no, es de él.

— Fifina, tú quieres que os meta á los dos en un mortero y que os machaque como si fueseis pimienta.

— ¡Tú!... dijo Fifina, ¡tú!... ¡tú!... ¡tú!...

Y á cada *tú* avanzaba un paso, y á medida que ella avanzaba, Juan Taureau retrocedía otro.

— ¡Tú! dijo por fin cogiéndole por la barba y sacudiéndole como sacude un muchacho un árbol cuando quiere echar abajo el fruto. ¡Pégame, cobarde! ¡pégame, miserable, bribón, malvado!

Y Juan Taureau levantaba la mano y permanecía con ella levantada.

Y aquella mano, cerrándose y cayendo como una maza, hubiera muerto á un toro y hecho saltar en trozos el cráneo de Fifina.

Pero la mano permanecía levantada.

— Y bien, ¿qué pasa aquí? preguntó Salvador con rudo acento.

Al oír esta voz fué Fifina quien se puso como la grana y Juan Taureau quien palideció.

Fifina dejó al carpintero y se volvió hacia Salvador.

— ¿Lo que hay?... ¿qué pasa?... ¡Ah! llegáis á tiempo para socorrerme, Sr. Salvador. Lo que hay es que ese monstruo de hombre trata de pegarme como tiene de costumbre.

Juan Taureau se había llegado á figurar que era él quien pegaba á Mlle. Fifina.

— Pero mirad, Sr. Salvador, que nada tiene de extraño que yo haga lo que ella dice, puesto que me saca de quicio.

— Hazte cuenta que lo que sufras de más en esta vida tendrás que sufrir de menos en la otra.

— Pero, Sr. Salvador, gritó Juan Taureau con acento lacrimoso, ¿y cómo queréis que escuche con paciencia el que esa mujer me diga que mi pobre hija, que es un retrato mío, no es hija mía?

— Pues bien, dijo Salvador, puesto que es tu retrato, ¿para qué crees lo que te dice?

— ¡Ah! por fortuna no la creo, pues si la creyera cogeria á la chica por los pies y la estrellaria contra la pared.

— ¡Hazlo, bribón! hazlo, ¡infame! y tendré el gusto de verte subir al patíbulo.

— ¿La oís, Sr. Salvador? pues no creáis que así como lo dice, tendría un placer en que se verificase.

— Ya lo creo.

— Pues sea, subiré al patíbulo, aulló Barthelemy Lelong, pero será por haber apretado antes el gáznate al Sr. Fafiou. ¡Oh! cuando pienso, Sr. Salvador, que ha elegido justamente á un hombre á quien no me atrevo á tocar por temor de convertirlo en polvo, y á quien por causarme vergüenza el darle un puñetazo, me veré obligado probablemente á darle una puñalada.

— ¿Lo oís? ¡asesino!

Salvador oyó en efecto, y es inútil decir que apreciaba en su justo valor las amenazas de Juan Taureau.

— ¿Conque no he de venir nunca que no os halle riñendo? dijo Salvador. Acabaráis mal, señorita Fifina, os lo digo yo; llegará un día en que os caerá no sé qué encima de la cabeza, y que semejante al rayo ni aun tiempo os dará para arrepentiros.

— No será en todo caso de él de quien esa cosa proven-

drá, dijo Mlle. Fifina apretando los dientes y amenazando con el puño á Juan Taureau.

— ¿Por qué no de él? preguntó Salvador.

— Porque estoy resuelta á dejarle, continuó Fifina.

Juan Taureau dió un salto como si hubiese tocado á una pila de Volta.

— ¡ Dejarme tú ! exclamó, ¡ dejarme tú !... ¡ Después de la vida que me has dado, mil rayos !... No me dejarás, te respondo de ello, ó iré por donde quiera buscándote para ahogarte.

— ¿ Lo ois, Sr. Salvador, lo ois ? Si le llevo ante la justicia, espero que diréis la verdad.

— Callaos, Barthelemy, dijo dulcemente Salvador. Fifina os dice eso, pero os ama en el fondo.

Después, mirando severamente á la joven, del mismo modo que un cazador de serpientes miraría una víbora :

— Debe amaros al menos, dijo ; ¿ no sois vos, por más que diga, el padre de su hija ?

Bajó Fifina la cabeza humildemente ante la mirada de Salvador, que solamente para ella parecía encerrar una amenaza, y con voz más dulce y el aire inocente de una virgen, dijo :

— Ciertamente que en el fondo le quiero, aunque me pega ; ¿ pero cómo queréis, Sr. Salvador, que yo acaricie á un hombre que sólo me enseña los puños y los dientes ?

Juan Taureau se conmovió vivamente con este reproche de su querida.

— Es verdad, Fifina, dijo con los ojos llenos de lágrimas, es verdad : soy un bruto, un salvaje, un turco, ¡ pero mi genio es más fuerte que yo ! ; qué quieres, Fifina ! Cuando me hablas de ese bribón de Fafou, cuando me amenazas con quitarme mi hija y marcharte con ella,

pierdo la cabeza, y esto me acuerda de una cosa y es que un puñetazo mío pesa cuarenta libras. Entonces levanto la mano y digo entre mí, ¿ doy ó no doy ? Vamos, Fifina, perdóname ; ya sabes que si hago eso es porque te quiero. Además, ¿ qué son en la vida de una mujer un par de puñetazos más ó menos ?

Ignoramos si Fifina halló el argumento lógico ó no, pero obró como si así la hubiera parecido.

Alargó soberbiamente su mano, que hubiera podido ser bella si hubiera sido cuidada, á Juan Taureau, que la llevó con tal rapidez á los labios que cualquiera hubiera creído que iba á devorarla.

— Ahora, dijo Salvador, que se ha restablecido la paz, hablemos de otra cosa.

— Si, dijo Fifina cuya ficticia cólera había desaparecido por completo, en tanto que la verdadera emoción de Juan Taureau rugía todavía en su pecho ; y durante ese tiempo yo bajaré pará ir á buscar leche.

Fifina descolgó una jarra colgada en la pared.

Después, dirigiéndose de nuevo al joven, le preguntó :

— ¿ Tomáis café con nosotros, Sr. Salvador ?

— Gracias, contestó éste, lo he tomado ya.

Fifina hizo un gesto que quería decir :

— ¡ Qué desgracia !

Después bajó la escalera cantando una canción de un vaudeville.

Juan Taureau la vió marchar, siguiéndola con una mirada llena de amor y de reconocimiento.

— En el fondo es una buena muchacha, Sr. Salvador, dijo ; y no pocas veces me echo en cara los malos ratos que la hago pasar. Pero ¿ qué queréis ? ¿ uno es celoso, ó no lo es ? Yo soy celoso como un tigre, no es culpa mía si soy así.

Y el Hércules lanzó un gran suspiro lleno de reproches para él y de ternura para la señorita Fifina.

Salvador lo contemplaba con dolorosa admiración.

— Ahora nos toca á nosotros, Juan Taureau, le dijo.

— ¡ Ah ! soy vuestro en cuerpo y alma, respondió el carpintero.

— Lo sé, y si tuviérais para con vuestros camaradas sólo una parte de la amistad, y sobre todo de la mansedumbre que demostráis tener por mi, á mi no me parecería muy mal y á ellos les parecería mejor.

— ¡ Ah ! Sr. Salvador, nunca me diréis vos más que lo que yo á mí mismo me digo.

— Pues bien, vos diréis todo eso cuando yo me haya marchado. Esta noche os necesito.

— Esta noche, y mañana, y pasado, y siempre á vuestras órdenes, Sr. Salvador.

— El favor que tengo que pedir, Juan Taureau, podrá deteneros fuera de París... tal vez veinticuatro horas... tal vez cuarenta y ocho... tal vez más.

— La semana entera, Sr. Salvador.

— Gracias. ¿ Hay mucho trabajo en el taller ?

— ¡ Oh ! hoy y mañana sí.

— En ese caso, Barthelemy, retiro mi proposición : no quiero que os privéis de ganar vuestro jornal, ni á vuestro amo de vuestro trabajo.

— ¡ Oh ! no perderé por eso mi jornal, Sr. Salvador.

— ¿ Cómo ?

— Le ganaré hoy.

— Me parece eso difícil.

— ¡ Difícil ! ¡ Ca !

— ¿ Cómo podéis hacer en un día el trabajo de dos ?

— El patrón me ha ofrecido pagarme como cuatro si

quería trabajar como dos, porque sin alabarme, mi trabajo es un trabajo bien concluido.

Pues bien, trabajaré hoy como dos y me pagarán como uno, pero habré en cambio sido útil á un hombre por el cual me arrojaría al fuego.

— Gracias, Barthelemy, acepto.

— ¿ Qué hay que hacer ?

— Esta noche iréis á Chatillón.

— ¿ Adónde ?

— Á la *Gracia de Dios*.

— Conocida. ¿ Á qué hora ?

— Á las nueve.

— Estaré allí, Sr. Salvador.

— Me esperaréis sin beber más que una botella.

— Nada más que una, Sr. Salvador.

— ¿ Me lo prometéis ?

— Os lo juro.

Y el carpintero levantó la mano como si estuviera ante un tribunal ; más solemnemente tal vez.

Salvador continuó :

— Llevaréis con vos á Toussaint Louverture si es que está libre hoy.

— Sí, Sr. Salvador.

— Entonces, adiós, y hasta la noche.

— Hasta la noche, Sr. Salvador.

— ¿ Decididamente, dijo Fifina que entraba con su jarro de leche, no queréis tomar café con nosotros ?

— Gracias, Fifina, dijo Salvador.

En tanto que el joven se dirigía hacia la puerta, Fifina se dirigió hacia el carpintero y le acarició la barba de la que tan rudamente tirara diez minutos antes.

— ¡ Conque va á tomar su taza de café mi buen Lou-

lou! dijo. Vamos, abrazad á vuestra Fifina, y cuidado con volver á ser malo otra vez.

Juan Taureau lanzó un mugido de alegría, y después de haber abrazado á Fifina hasta casi ahogarla, alcanzó á Salvador en el recibimiento.

— ¡ Ah! Sr. Salvador, dijo, tenéis razón, soy un bruto y no merezco semejante mujer.

Salvador estrechó sin contestar la mano callosa del valiente carpintero, le hizo una señal de despedida con la cabeza, y bajó la escalera.

CAPÍTULO X.

LA MAÑANA DE UN MANDADERO (CONTINUACIÓN).

Eran las siete y media de la mañana poco más ó menos cuando Salvador llamó á la puerta de Justino.

Celeste salió á abrir. Estaba en traje de barrer la clase, en tanto que Justino, de pie junto á la ventana, cortaba las plumas de los escolares.

— Buenos días, hermana, dijo Salvador alegremente tendiendo su mano á la enfermiza joven.

— Bienvenida sea nuestra paloma, respondió sonriendo Celeste, que habiendo oído un día á su madre dar este nombre al joven en recuerdo de su entrada en el arca, adonde no volvía nunca sin un ramo de olivo, le continuaba dando este nombre.

— ¡ Chut! dijo Salvador, poniendo el dedo sobre los labios, creo que traigo una buena noticia á Justino.

— Como siempre, dijo Celeste.

— ¡ Qué! dijo Justino que había reconocido la voz de Salvador.

Y corrió al propio tiempo hacia la entrada de la clase.

Celeste se retiró.

— ¡ Qué hay? preguntó Justino.

— De nuevo, respondió Salvador.

— ¿ De nuevo?

— ¡ Oh! y mucho.

— Dios mío, dijo el joven temblando.

— Bueno, dijo Salvador, si empezáis temblando, ¿ cómo vais á concluir?

— Hablad, amigo mío, hablad.

Salvador puso una mano en el hombro de su amigo.

— Justino, continuó, si vinieran á deciros, desde hoy Mina es libre, Mina está en libertad, Mina puede ser vuestra, pero por temor de perderla es preciso dejarlo todo, abandonarlo todo, amigos, patria, parientes, si os dijese esto, ¿ qué responderíais?

— Amigo mío, no respondería nada, pero moriría de alegría.

— No sería sin embargo este el momento oportuno de hacer tal cosa. Continuemos: si se añadiese á lo que acabo de deciros estas palabras: Mina es libre, pero con la condición que partiréis en el momento sin tener tiempo de expresar la menor contrariedad, ni de volver atrás la vista.

El pobre Justino dejó caer la cabeza sobre el pecho y respondió tristemente:

— No partiría, amigo mío, ya sabéis que no puedo partir.

— Continuemos, dijo Salvador, tal vez haya medio de arreglar todo eso.

— ¡ Oh Dios mío ! dijo Justino levantando los brazos al cielo.

— ¿Cuál es, replicó Salvador, el más vehemente deseo de vuestra madre y de vuestra hermana ?

— El de ir á morir en la aldea en que han vivido, en el rincón de la tierra en que han nacido.

— Pues bien, dijo Salvador, desde mañana pueden ir á vivir y morir donde desean.

— Mi querido Salvador, ¿ qué decis ?

— Digo que debe haber cerca de las tierras que labrabais, ó en sus alrededores, alguna de esas encantadoras casas que tan buena vista presentan en un paisaje cuando se las ve por la tarde al caer el sol á través de un grupo de árboles sacudidos por la brisa que esparce en ondas el humo que arroja la chimenea y le hace subir y perderse en medio del espacio.

— ¡ Oh ! Salvador, hay diez como la que decis.

— ¿ Y cuánto cuesta una de esas casas con un jardín de una yugada ?

— Qué sé yo ; tres ó cuatro mil francos lo menos.

Salvador sacó de su bolsillo los cuatro mil francos en billetes de banco.

— Aquí están, dijo.

Justino le miró estupefacto.

— ¿ Cuánto, continuó Salvador, necesitan por año para vivir convenientemente en esa casa ?

— ¡ Oh ! con la economía de mi hermana, con la exigüidad de los deseos de mi madre, quinientos francos por año bastan y aun sobran.

— Vuestra madre está enferma, mi querido Justino, vuestra hermana tiene una salud bastante delicada ; pongamos pues mil francos por año en vez de quinientos.

— ¡ Oh ! con mil francos tendrán, no sólo lo necesario, sino hasta lo superfluo.

— Hé aquí diez mil francos para diez años, dijo Salvador, añadiendo otros diez billetes de banco á los cuatro primeros.

— Amigo mío, dijo Justino casi ahogado y cogiendo el brazo de Salvador.

— Pongamos mil francos para los gastos de mudanza y viaje, lo cual forma un total de quince mil francos. Haced un lote aparte de esos quince mil francos : pertenecen á vuestra madre.

Justino estaba pálido de alegría y estupor á la vez.

— Ahora, dijo Salvador, pasemos á vos.

— ¡ Cómo á mí ! dijo Justino temblando de pies á cabeza.

— Sin duda, puesto que hemos acabado ya con vuestra madre.

— Decid, Salvador, decid pronto ; acabad, amigo mío, porque creo que voy á volverme loco.

— Amigo mío, dijo Salvador, esta noche robamos á Mina.

— ¡ Esta noche !... ¡ Mina !... ¡ Robamos á Mina esta noche !... exclamó Justino.

— Á menos de que vos os opongáis á ello.

— ¿ Oponerme yo ? ¿ Pero dónde llevaré á Mina ?

— Á Holanda.

— ¿ Á Holanda ?

— Donde permaneceréis uno, dos, diez años si es preciso, hasta que cambie el actual estado de cosas y podáis volver á Francia.

— Pero para vivir en Holanda es preciso dinero.

— Ciertamente ; así que, vamos á calcular ahora lo que necesitaréis.

Justino cogió su cabeza con sus manos.

— ¡ Oh ! calculad vos mismo, mi querido Salvador, exclamó ; yo no sé lo que digo, no sé ni aun lo que vos decís.

— Vamos, continuó con voz firme Salvador, apartando las manos con que Justino se apretaba la frente ; vamos, seamos hombres y conservemos en la prosperidad la fuerza que hemos demostrado tener en los días de desgracia.

Justino miró á su alrededor, sus temblantes músculos se calmaron ; sus ojos, un momento extraviados, se fijaron en Salvador, cogió su pañuelo y secó su frente húmeda de sudor.

— Hablad, amigo mío, dijo.

— Calculad lo que necesitáis para vivir en el extranjero con Mina.

— ¡ Con Mina !... Pero Mina no es mi esposa, no puedo por consiguiente vivir con ella.

— ¡ Ah ! ya veo que sois el bueno, franco y honrado Justino, dijo Salvador. No, no podéis vivir con Mina en tanto que ésta no sea vuestra esposa, y Mina no podrá ser vuestra esposa hasta que hayamos encontrado á su padre y que éste nos dé su consentimiento.

— ¿ Y si no le hallamos nunca ?

— Amigo mío, dijo Salvador, dudáis de la Providencia.

— ¿ Si ha muerto ?

— Si ha muerto, haremos constar su muerte, y como Mina entonces dependerá de sí misma, Mina será vuestra mujer.

— Amigo mío, mi querido Salvador.

— Volvamos al negocio que nos ocupa.

— ¡ Ah ! sí, volvamos á él.

— No pudiendo Mina ser vuestra esposa, en tanto que

no se haya encontrado á su padre, hay que ponerla en un colegio.

— Amigo mío, recordad el colegio de Versalles.

— No será lo mismo en el extranjero que en Francia. Además vos lo arreglaréis de modo que podáis visitarla todos los días, y escogeréis una habitación cuyas ventanas den enfrente de las suyas.

— ¡ Oh ! ya concibo que con todas esas precauciones...

— ¿ En cuánto calculáis lo que se necesita para poner á Mina en un colegio ?

— Creo que en Holanda con mil francos por año...

— ¿ Mil francos ?

— Y quinientos para los gastos indispensables...

— Pongamos mil.

— ¿ Cómo mil ?

— Si, hacen dos mil francos por año para Mina. Á Mina le faltan aún cinco años para llegar á la mayor edad : aquí hay diez mil francos.

— Amigo mío, no comprendo bien...

— Felizmente no tenéis que comprender. Ahora hablemos de vos.

— ¿ De mí ?

— ¿ Pues de quién ? ¿ Cuánto necesitáis por año ?

— ¡ Yo, nada ! Daré lecciones de francés y de música.

— Que tardaréis en tener un año y que podrán faltaros.

— Con seiscientos francos por año...

— Pongamos mil y doscientos.

— ¿ Mil doscientos para mí solo ? Seré demasiado rico.

— Tanto mejor : daréis lo que os sobre á los pobres, Justino, en todas partes hay pobres. Cinco años á mil doscientos francos por año, hacen justos seis mil francos. Aquí los tenéis.

- Pero ¿quién da todo este dinero, Salvador?
- La Providencia, de quien hace poco dudabais, amigo mío, diciendo que Mina no encontraría á su padre.
- ¡ Ah! amigo mío, cuánto os debo...
- No es á mí á quien debéis dar las gracias, mi querido Justino, ya sabéis que yo soy pobre.
- ¿ Es pues de un desconocido de quien proviene toda esta felicidad?
- De un desconocido, no.
- De un extraño entonces.
- Tampoco.
- Pero, amigo mío, puedo aceptar yo treinta y un mil francos...
- Sí, dijo Salvador con acento firme, puesto que soy yo quien os lo propone.
- ¡ Perdón, es verdad, cien veces perdón! exclamó Justino estrechando las manos de Salvador.
- Con que esta noche...
- ¿ Esta noche? repitió Justino.
- Esta noche robamos á Mina y marcháis.
- ¡ Oh, Salvador! exclamó Justino con el corazón reboando de alegría, inundados los ojos de lágrimas y con el mismo acento con que hubiera podido decir: ¡ hermano mío!
- Después, como si el pobre maestro de escuela tuviera alguna divinidad tutelar en su cuarto, que allí hubiera descendido, juntó las manos y contempló largo tiempo á Salvador, á quien conocía apenas hacía dos ó tres meses, y que aun casi desconocido le había hecho gustar esas inefables alegrías del alma que pedía en vano á la Providencia hacía veintinueve años.
- Á propósito, dijo de pronto Justino con cierto movimiento de espanto, ¿ y el pasaporte?

- ¡ Oh! no os inquietéis por eso, amigo mío; tengo aquí el de Ludovico: sois de su misma estatura: vuestros cabellos son casi del mismo color que los suyos. Si la estatura y los cabellos se parecen, las demás señas también, y á menos que no deis en la frontera con un gendarme colorista, nada absolutamente tenéis que temer.
- ¿ Entonces sólo tengo que ocuparme en buscar un carruaje?
- El que necesitáis os esperará enganchado esta noche á cincuenta pasos de la barrera Croulebarbe.
- ¿ Pero habéis pensado en todo?
- Así lo creo, dijo sonriendo Salvador.
- Excepto en mis pobres escolares, dijo Justino sacudiendo la cabeza como con una especie de remordimiento. En este instante dieron tres golpes á la puerta.
- Mirad, amigo mío, dijo Salvador, no sé por qué me parece que la persona que acaba de llamar trae la respuesta á vuestra pregunta.
- Y en efecto, del modo que Salvador estaba colocado, había podido ver atravesar el patio al bueno de Mr. Muller.
- Justino fué á abrir y lanzó un grito de alegría al reconocer al antiguo condiscipulo de Weber, que después de dar un paseo por los boulevares exteriores, venía á hacerle su visita matinal.
- Pusieronle al corriente de la situación, y cuando M. Muller hubo expresado toda la alegría que semejante noticia le causaba, Salvador dijo:
- Sólo hay una cosa que impida á Justino ser completamente dichoso, mi querido Mr. Muller.
- ¿Cuál, Sr. Salvador?
- ¡ Ah! Dios mío, me pregunta quién en su ausencia va á reemplazarle con sus pobres escolares.

— Pues bien, dijo sencillamente el bueno de Mr. Muller, ¿acaso no estoy aquí yo?

— ¿No os había dicho, mi querido Justino, dijo Salvador, que la persona que llamaba á la puerta os traía la respuesta?

Convinieron en que desde aquel día Mr. Muller se encargaría de los discípulos, pues Justino no se hallaba en situación de desempeñar la clase con las emociones que había recibido.

En las vacaciones se anunciaría á los escolares que la ausencia de Justino debiendo prolongarse indefinidamente, sus padres debían aprovechar todo el mes de Septiembre para buscar á sus hijos otro profesor.

Salvador se retiró dejando á Mr. Muller el cuidado de la clase y á Justino el de preparar á Mad. Corby y á su hermana Celeste del cambio que iba á verificarse, ó mejor dicho que casi ya se había verificado en su existencia en los momentos en que menos pensaban en ello.

Después bajó rápidamente la calle de Santiago, y á las nueve en punto se hallaba tendido al sol en la calle de Fers, al lado de la loquilla d'Or, donde hemos visto á la Gibelotte referir un tan fantástico cuento á su fiel amigo Croc-en-Jambe.

Como se ve, Salvador había empleado bastante bien la mañana. En el capítulo siguiente veremos cómo acabó el día.

CAPÍTULO XI.

LA NOCHE DE UN MANDADERO.

Por la tarde, á la hora convenida, la silla de postas, perfectamente recorrida por el maestro de coches, se detenía á algunos pasos de la barrera Croulebarbe.

El postillón, que había llegado á todo escape diez minutos antes de la hora convenida, se imaginó al pronto que le habían engañado al ver que las personas que le hacían venir con tal rapidez, no tan sólo no se hallaban en la cita, sino que ni daban señales de venir.

Á los pocos minutos, sin embargo, divisó dos jóvenes que agarrados del brazo se encaminaban con paso rápido hacia él, por lo que habiéndose apeado volvió á montar y esperó inmóvil sin volver la cabeza, como si fuera un postillón de piedra.

Salvador y Justino llegaron precedidos de Rolando que, aunque andaban de prisa, caminaba más rápido que ellos.

Salvador abrió la portezuela, bajó el estribo y dijo á Justino :

— Subid.

Al oír esta palabra, el postillón se volvió como si hubiera sentido una descarga eléctrica, y viendo y reconociendo al que la había pronunciado, se puso loco de contento.

Quitándose entonces lentamente el sombrero saludó á Salvador con un alegre y respetuoso

— Buenas tardes.

— Buenas tardes, amigo, dijo Salvador alargando al postillón su fina y aristocrática mano; ¿cómo está tu anciano padre?